

Johann David
Wyss

LOS ROBINSONES SUIZOS



Una familia suiza viaja en un barco que naufraga en alta mar, la familia consigue salvarse y llegar a una isla. Además logran salvar algunos animales, herramientas y comida. La historia trata sobre las aventuras que corren para sobrevivir.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I.

EL NAUFRAGIO.

La tempestad duraba ya desde hacía seis días y en lugar de amainar era más violenta.

Arrastrados hacia el Sudoeste, fuera de nuestro derrotero, nos era imposible reconocer el paraje en que nos hallábamos. El buque había perdido sus mástiles y hacía agua por todas partes.

—Niños —les dije a mis cuatro hijos, que se apretujaban llorando alrededor de mí y su madre—; si tal es su designio, Dios tal vez nos salvará, pero si ha de ocurrir lo contrario, es preciso resignarse. Al fin y al cabo, si abandonamos este mundo, será para reunirnos en otro mejor.

Mi mujer enjugó sus lágrimas y, siguiendo mi ejemplo, se esforzó en aparecer tranquila, a fin de inspirar a los niños el valor y la resignación necesarios.

De pronto, dominando el estrépito del vendaval y las aguas, oí con alegría este grito de esperanza que tanto significa para los náufragos:

—¡Tierra, tierra!

Pero casi en el mismo instante en que escuché estas palabras, se oyó una sacudida espantosa, seguida de un terrible crujido, y comprendí por la inmovilidad en que quedó el buque y por el ruido que hacía el mar al precipitarse en

su interior, que había chocado contra un bajo rocoso, encallando y abriéndose el buque.

—¡Estamos perdidos! ¡Todos los botes al agua! —gritó el capitán.

—¡Perdidos! —gimieron mis hijos, angustiados.

—Calma, no hay que perder la calma —traté de consolarlos—. No hay que desesperar todavía. Dios ayuda a los que son valerosos. Voy a informarme de lo que aún puede hacerse para nuestro salvamento.

Abandoné el camarote y subí a cubierta. El intento era muy arriesgado, ya que un golpe de mar me cogió de lleno, lanzándome contra los restos del palo mayor. Perdí el sentido. Cuando poco después volví en mí, magullado y casi cegado, miré a mí alrededor y vi las lanchas ya en el mar, cargadas con más gente de la que podían contener. Las lanchas se alejaban del buque.

Un marinero cortó el último cabo. ¡Comprendí que se habían olvidado de nosotros!

Me asomé a la borda y llamé, grité y supliqué; pero mi voz se perdió entre el estruendo de la tormenta y pude convencerme, con dolor profundo de que nos habían abandonado en el buque encallado.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta, y esto fue un pequeño consuelo, que el buque había encallado de una manera particular. Por ejemplo, la popa, donde se hallaba nuestro camarote, no podía ser alcanzada por el oleaje. Al mismo tiempo y, pese al terrible aguacero que caía, observé una playa que, pese a su aspecto árido y solitario, fue desde aquel instante el objetivo de mis últimas esperanzas. Se hallaba un poco al Sur y a corta distancia del sitio donde había encallado el buque.

Entonces volví al lado de los míos, que me aguardaban con ansiedad. Afectando una tranquilidad que no sentía, les dije:

—Bien, aún nos queda una esperanza. Este buque está bien sujeto y no puede hundirse, al menos por ahora. Ma-

ñana, el agua y el viento cederán, sin duda, en violencia y podremos llegar hasta la orilla de esa tierra prometida.

—¿De veras, papá? —preguntó Fritz, el mayor.

Los niños, con la inconsciencia propia de la edad, aceptaron como cierta esta arriesgada suposición. Un significativo ademán de mi mujer me dio a entender que a ella no había conseguido engañarla completamente, pero también noté que su confianza en Dios no había disminuido -Vamos a pasar una noche terrible -dijo-. Tomaremos algún alimento. La nutrición del cuerpo fortifica la del espíritu. En efecto, la noche se acercaba. La tempestad, siempre violenta, batía con fuerza el buque. A cada momento temía que se deshiciera en mil pedazos. Mi mujer se había apresurado en preparar una cena frugal, que los niños comieron con apetito; después se acostaron, y a poco dormían con toda tranquilidad. Fritz, el mayor, que comprendía nuestra situación, mejor que los otros, quiso velar con nosotros.

—Padre, se me ha ocurrido un medio para llegar a la costa. Si tuviésemos corchos o vejigas podríamos construir cinturones para que mi madre y mis hermanos se mantuviesen a flote. Tú y yo podemos nadar sin esta ayuda...

—Has tenido una buena idea, hijo mío —alabé.

Mientras mi mujer se dedicaba a acostar a los demás, Fritz y yo recogimos cierta cantidad de barricas vacías y esa clase de recipientes de hojalata donde se guardan las provisiones de agua dulce en los buques, y atándolos con pañuelos y cuerdas, até dos debajo de los brazos de mi hijo, a fin de hacer un ensayo. Viendo que verdaderamente serían una buena ayuda, fui al encuentro de mi mujer y los otros tres niños, y procedí a atarles también los correspondientes flotadores antes de que se durmiesen. De este modo, si el buque se hundía, nadie se ahogaría.

Habiendo adoptado estas medidas de seguridad, Fritz se acostó más tranquilo, mientras que mi mujer y yo continuábamos velando.

Cuando amaneció, la tormenta estaba amainando y subí a cubierta. El viento casi había cesado y el mar volvía a recobrar la calma.

Reanimado por esto, llamé a mi mujer y a mis hijos, que subieron a su vez rápidamente. Al ver que estábamos solos en el buque, los niños se asustaron.

—¿Dónde están los marineros? —preguntó Santiago, que era el tercero en edad.

—¡Nos han dejado solos! —gritó Ernesto, el segundo.

Rápidamente, con tono tranquilo para no aumentar su inquietud, procedí a explicarles más o menos lo ocurrido.

—No creo que con unos botes tan débiles, hayan podido salvarse con el mar tan agitado. Creo —concluí— que nosotros, al quedarnos, hemos tenido más suerte que ellos.

—Tal vez tengas razón, papá —asintió Fritz, el más valiente y emprendedor de todos—, y creo que lo mejor será poner en práctica nuestro proyecto de ganar la playa a nado.

Ernesto, que sólo contaba doce años, se asustó ante aquel proyecto. Naturalmente, Ernesto era sumamente tímido en todas las cosas.

—Yo pienso, papá —objetó—, que lo mejor sería construir una balsa...

—Hijo mío —repuse—, nos costaría mucho ensamblar las tablas, y todavía más dirigirla en el agua. Con toda seguridad, nunca llegaríamos a esa playa que se ve desde aquí.

Ante la idea del peligro, Ernesto abandonó al momento su plan.

—Por ahora —continuó más animado—, será mejor que exploremos el buque y reunamos en cubierta todo aquello que pueda sernos útil y podamos llevarnos.

Cada cual se fue por su lado. A los niños la idea de explorar el buque les resultó fascinante. Fritz fue hacia la santabárbara, de donde trajo fusiles, pistolas y gran cantidad

de balas y perdigones. Ernesto registró la carpintería y volvió cargado de clavos y herramientas de todas clases.

Francisco, que era el pequeñín de la tribu, de seis años, también tomó parte en la requisita y volvió con una caja grande de anzuelos.

Santiago, que contaba diez años, apareció con dos enormes perros dogos que estaban encerrados en el camarote del capitán y que, amansados por el hombre, se dejaban conducir por uña oreja.

Mi mujer, por su parte, había hallado una vaca, un burro, dos cabras y una cerda, a los que había alimentado y abrevado para conservarles la vida, ya que hacía más de dos días que nadie se había ocupado de ellos.

En realidad, todos habían encontrado cosas útiles, excepto Santiago.

—Hijo mío —le espeté—, tú has traído unos animales que comen muchísimo.

—Oh, padre —replicó vivamente—, pero estos perrazos nos ayudarán a cazar cuando estemos en tierra.

—Sí, claro —asentí, sonriendo—, pero aún no hemos llegado a tierra. ¿Conoces algún modo de llegar hasta ella?

—Claro que sí —asintió Santiago, muy seguro de sí—. ¿No podríamos navegar dentro de las barricas, como hacía yo en el estanque del jardín de mi padrino?

—¡Excelente idea! —exclamé con entusiasmo—. No se me había ocurrido. ¡Vamos, manos todos a la obra!

Nos dirigimos a la bodega del buque, donde flotaban en la línea del agua varios toneles muy grandes, que estaban vacíos. Subí cuatro a cubierta, que estaba casi a nivel del agua, y como eran de madera de roble y estaban reforzados con aros de hierro, pensé que nos servirían muy bien.

Ayudado por Fritz, los aserré por el centro en dos partes iguales. De este modo obtuvimos ocho cubetas, que puse en línea una al lado de la otra. Luego busqué una tabla flexible, bastante larga para unir las a todas y formar una especie de quilla, por debajo. Acto seguido, clavamos fuerte-

mente las cubetas a la tabla, uniendo también a cada una con su inmediata por medio de clavijas. Por fin, fortalecimos los costados con dos tablas que se unían, por los extremos en punta.

De este modo obtuvimos una embarcación que, al menos en un mar tranquilo, navegaría excelentemente.

Fritz recordó que a bordo había un gato mecánico y fue a buscarlo. Luego, nos servimos de esta maquinaria para izar la nueva embarcación y botarla al agua.

Al ver flotar tan original barcaza los niños prorrumpieron en gritos de alegría.

—¡Este será nuestro barco preferido! —proclamó Ernesto con alborozo.

—¡Yo quiero entrar el primero! —pidió Francisco, el pequeño.

Aunque aquella barca cabeceaba bastante y se ladeaba de un costado, comprendí que con un poco de lastre, la cosa se remediaría. Por consiguiente, metí dentro todos los objetos pesados que hallé, particularmente todo lo que podría hacernos falta si llegáramos a tierra.

Por fin vimos que nos faltaban remos, pero Ernesto encontró cuatro que habían quedado olvidados debajo de una vela plegada.

Cuando terminamos todos los trabajos ya era tarde para emprender la travesía, por lo que, con cierto desencanto por parte de nuestros hijos, nos dispusimos a cenar y acostarnos, esperando el día siguiente para iniciar una travesía que, aunque corta, podía comprometer seriamente nuestras vidas.

Luego, antes de acostarnos, le aconsejé a mi esposa que se pusiese un traje masculino, para que las prendas no entorpeciesen tanto sus movimientos.

Por fin el sueño no tardó en apoderarse de nosotros.

La noche pasó sin ningún incidente desagradable.

CAPÍTULO II

LA ARRIBADA A TIERRA.

Nos levantamos con el alba y después de rezar les dije a mis hijos:

—Ha llegado el momento de intentar salvarnos. Dejaremos al ganado provisiones para unos días, a fin de que no se mueran de hambre, y si nos salvamos, como espero, volveremos a buscarlos, así como otros artículos de primera necesidad. ¡Vamos, manos a la obra!

Empecé a cargar toda clase de objetos, incluso varias velas, en la improvisada barcaza, junto con cuchillos, hachas, fusiles, pistolas, municiones y artículos de cocina, pero al final me vi obligado a dejar bastantes cosas, ya que de otro modo nunca habiéramos llegado a la orilla.

En el momento de embarcarnos, los gallos que había en el barco cantaron, como dándonos el adiós. Al oírlos, mi mujer dijo que nos vendrían bien algunos gallos, gallinas, patos y palomas.

De modo que metí en la barca dos gallos y doce gallinas, que encerré en una cubeta. A los patos y las palomas les di suelta, confiando en que su instinto los conduciría pronto a tierra.

Los niños ya estaban embarcados por el orden dispuesto por mí, cuando vi que mi esposa salía del interior del bu-

que con un bulto voluminoso que echó en la cubeta donde estaba Francisco. Pero presté poca atención a dicho saco, pensando que mi mujer sólo pretendía que el niño estuviese más cómodo.

Por fin, ya todos instalados, corté las amarras que unían la barcaza improvisada al buque encallado.

No había considerado conveniente meter a los perros en la barca, pero cuando vieron que partíamos empezaron a ladrar lastimosamente y al fin, con decisión, se arrojaron al agua y pronto nos alcanzaron.

El mar estaba ligeramente rizado y el sol brillaba radiante. Nosotros remábamos con vigor, ya que la marea nos favorecía.

A nuestro alrededor flotaban cajas, toneles, balas de mercancía, todo ello restos del buque naufragado. Fritz consiguió unir algunos toneles con los garfios, remolcándolos y atándolos a la embarcación.

Fritz, cuya vista era muy aguda, lanzó de pronto una exclamación:

—¡Oh, mirad! ¡Aquello son palmeras! Seguramente dan cocos y dátiles...

—¡Estupendo! —proclamó Ernesto, que era muy goloso—. Ya se me hace la boca agua.

—¡Qué bien! —añadió Francisco por su parte.

Entonces se entabló una discusión entre todos los hermanos respecto a la exacta naturaleza de aquellos árboles.

—Siento —murmuré— no haber cogido los anteojos del capitán, que quedaron en el barco.

Al oír estas palabras, Santiago sacó de su bolsillo unos prismáticos que había hallado en el camarote del contramaestre.

Entonces examiné la cercana playa y, olvidándome del motivo de la discusión de mis hijos, busqué el sitio más conveniente para nuestro desembarco.

De pronto distinguí una especie de cabo adonde se dirigían los patos, que nos habían adelantado.

—¿Ves cocos, papá? —se interesó Francisco con avidez.

—Sí —afirmé sonriendo—. Fritz tiene buena vista y no se ha engañado. A mi derecha veo unos árboles que deben dar cocps.

—¡Oh, qué alegría, papá!

Remamos con más fuerza y así llegamos a la desembarcadura de un río, en un lugar donde el agua apenas tenía profundidad para sostener a flote las cubetas, ya que la orilla era muy baja.

Los niños saltaron ligeramente a tierra, con excepción de Francisco, que a pesar de su impaciencia por comer cocos, tuvo que ser ayudado por su madre.

Los perros, que nos habían precedido, nos recibieron con saltos y ladridos de alegría. También los patos, instalados ya en el cabo, nos saludaron con sus cantos gangosos, a los que se unieron los roncocos chillidos de unos pingüinos que estaban inmóviles sobre una roca, y unos flamencos muy asustados.

Francisco, absorto ante tan inusitado espectáculo, ya no se acordaba de los cocos.

Tan pronto tocamos tierra, todos nos arrodillamos para darle gracias a Dios por habernos conservado la vida en aquel trance.

Seguidamente procedimos a descargar la embarcación. No tardamos mucho en tenerlo todo bien colocado en la orilla, y aunque el botín no fuese considerable, ¡qué orgullosos estuvimos ante aquellas riquezas!

Escogí un lugar a propósito para levantar la tienda que debía abrigarnos. Clavé en el suelo una de las vergas que servían de contrapeso a nuestra embarcación; en lo alto até la segunda, cuya otra punta hincó en la hendidura de la roca, y luego eché la tela por encima, atirantándola con estacas clavadas en tierra. Fritz me ayudó haciendo varias lazadas en la entrada para que por la noche pudiéramos cerrarnos.

Mientras tanto, los niños se dedicaban, por orden mía, a recoger todo el musgo y la hierba seca que pudiesen encontrar y que pensaba utilizar para hacer las camas.

Después instalé no muy lejos de la tienda un fogón, valiéndome de varias piedras. Y gracias a una buena provisión de leña seca conseguí tener pronto un alegre fuego que chisporroteaba sin parar.

Mi mujer puso encima del fuego una marmita llena de agua, y echó dentro cuatro o cinco pastillas de caldo concentrado.

—¿Qué vas a pegar, mamá? —preguntó Francisco, abriendo mucho los ojos.

Su madre se echó a reír.

—¡Esto no es cola, hijo mío, sino un caldo!

—¡Oh, sopa de cola! —exclamó el pequeño con repugnancia.

—No, hijo mío —replicó mi esposa—, sino un estupendo caldo de carne.

—¡De carne! —Francisco todavía abrió más los ojos—. ¿Y en qué carnicería la comprarás, mamá?

—No, Francisquín. Estas pastillas contienen dentro todos los elementos y sustancias de la mejor carne. Este medio se emplea en lugar de la carne fresca, que en los largos viajes marítimos acabaría por corromperse.

Fritz ya había cargado su fusil y se dispuso a remontar el río. Ernesto se marchó por el lado opuesto, y Santiago se dedicó a registrar las rocas de la costa, esperando encontrar almejas.

Estaba ocupado en sacar el agua de las cubetas remolcadas cuando oí los chillidos de Santiago.

Provisto de un hacha, corrí al lado de mi hijo, al que vi hundido en el agua hasta las rodillas.

—¡Oh, papá, corre, que he atrapado un enorme animal! —me gritó al verme, con terror y orgullo a la vez.

—Tráelo.

—No puedo, papá; me tiene sujeto.

En realidad, se trataba, según pude ver al acercarme, de una gran langosta, y el pobre Santiago no podía librarse de la tenaza de sus pinzas.

Entré en el agua y la langosta soltó su presa al instante, intentando huir, pero la cogí y la llevé a la orilla.

El muchacho, deseoso de enseñarle tan hermoso ejemplar a su madre, lo cogió de nuevo, pero la langosta le pegó un culatazo tan fuerte que Santiago cayó al suelo y se echó a llorar.

Me eché a reír, sin dejar de consolarle. Por fin, cogió al animal de acuerdo con mis instrucciones, por la mitad del cuerpo y corrió a enseñárselo a su madre.

—¡Mamá, Fritz, Ernesto, Francisco! ¡Mirad lo que he atrapado! ¡Una langosta! ¡Una verdadera langosta!

Ernesto, por su parte, tras su regreso, anunció que acababa de hacer un descubrimiento.

—He visto conchas en el agua, pero para cogerlas habría tenido que mojarme.

—Yo también las he visto —asintió Santiago con desdén—, pero se trata sólo de almejas de mala calidad, que yo no comería nunca. ¡Oh, qué distinta es mi langosta!

—No estés tan seguro, Santi —arguyó Ernesto—. A lo mejor son ostras. Y casi lo aseguraría por la manera en que están aferradas a las rocas y por la profundidad a que se encuentran.

—Pues bien, perezoso —le increpé—, si creíste que eran ostras, ¿por qué no has traído algunas? Tienes miedo de mojarte, sin pensar en la situación apurada en que nos encontramos, ¿eh? Vaya con el jovencito.

Ernesto se rascó la cabeza y me miró cariacontecido. Luego, animándose de repente, exclamó:

—También he visto sal en los huecos de las rocas. Lo cual es natural si el sol ha secado el agua del mar.

—¡Ya que eres tan sabio —arguí—, hubieras debido llenar un saco de sal! Vamos, repara inmediatamente este descuido, de lo contrario el caldo resultará muy insípido.

Ernesto no tardó en regresar con sal mezclada con tierra, por lo que estuve a punto de tirarla. Pero mi mujer lo impidió, disolviéndola en agua, que después coló con un trapo, y se sirvió de aquella agua para condimentar la sopa.

Todavía no había regresado Fritz, si bien la sopa ya estaba hirviendo. No obstante, me atenazó en aquel instante una cuestión: ¿cómo íbamos a comer la sopa sin cucharas?

—Si al menos tuviésemos cocos —murmuró Ernesto—, podríamos hacer cucharas.

—Efectivamente, y si sólo bastase desear para tener, ahora mismo tendríamos una magnífica vajilla y cubiertos. Pero aún no hemos visto dónde están los cocoteros que ha descubierto Fritz. Creo que se hallan al otro lado de estas montañas. Será mejor que pensemos en algo más a nuestro alcance.

—¿No servirían las conchas de las ostras? —preguntó Ernesto.

—Diantre, tienes razón —le animé—. Corre a buscar unas cuantas.

Ernesto se alejó, pero Santiago adelantó al indolente sabio, y se metió en el agua mucho antes que su hermano.

Poco después, Santiago arrancaba las ostras y las arrojaba a la orilla, mientras su perezoso hermano se limitaba a cogerlas, para no mojarse los pies.

Fue entonces cuando apareció Fritz. Llevaba una mano a la espalda y mostró muy mal humor.

—¿No has encontrado nada? —pregunté—. Nada absolutamente —repuso.

Pero sus hermanos, que habían visto lo que ocultaba detrás de la espalda, empezaron a gritar:

—¡Oh, un conejito de indias! ¿Dónde lo has encontrado? —¡Déjame verlo! —pidió Francisco. Entonces, con gran orgullo, Fritz enseñó lo que había cazado.

Contó que había pasado el arroyo, hallando un paisaje muy distinto de aquel donde estábamos nosotros.